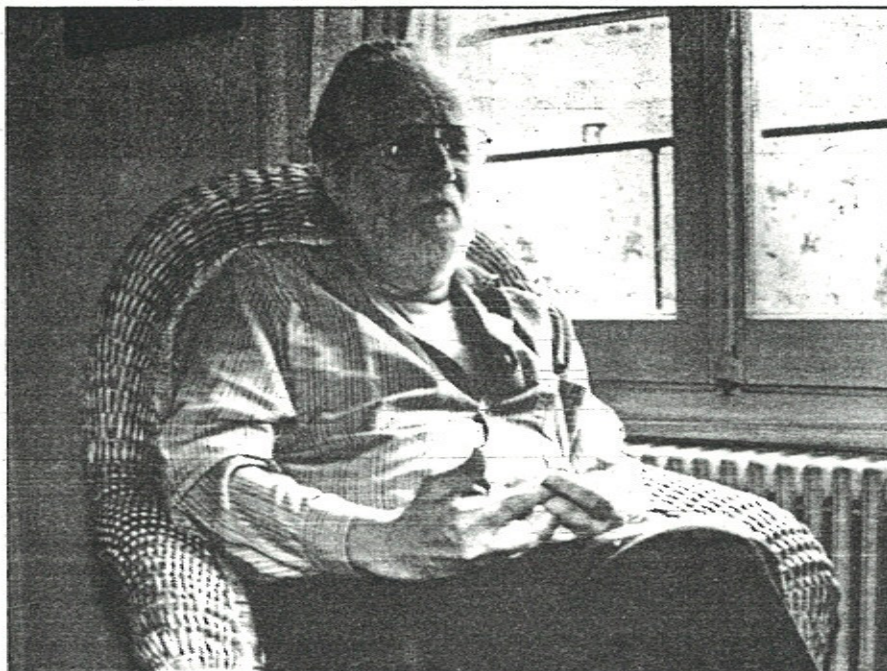


José Donoso murió a pocas cuadras de mi casa; sin embargo, la noticia de su muerte sólo la vine a saber la noche de ese día mientras veía el noticiero de la Televisión Española. Fue una suerte de paradoja de lo que son las comunicaciones de nuestros tiempos.

No puedo decir que haya sido amigo de Donoso, pero sí que muchas veces coincidimos en nuestro mutuo deambular y el recuerdo de esos encuentros surgió de inmediato cuando, agobiado por la tristeza, reflexionaba sobre la muerte del escritor que de pronto empobrecía la vida de todos nosotros: la vez que me convidó a almorzar en el balcón de su casa en Madrid; las sesiones que compartimos en el Taller de Escritores de la Universidad de Concepción, donde Donoso comenzaba a escribir "El obscuro pájaro de la noche"; la ocasión en que asistí en Nueva York al lanzamiento de una de sus novelas traducidas al inglés; la tarde en que fui a una librería porque quería leer algo del poeta portugués Pessoa y me encontré con Pepe, que me aconsejó que antes de leer a Pessoa, leyera "El año que murió Ricardo Reis", de José Saramago, y así conocí al novelista lusitano que llegaría a ser uno de mis predilectos.

Pero más allá de estos recuerdos personales, mi reflexión me llevó a pensar que no sólo había muerto el más importante novelista con que han contado las letras

No sólo murió Donoso



nacionales, sino que con él moría también eso que los críticos han llamado "el mundo donosiano", un mundo cuya decadencia y desaparición el propio escritor adelantaba. Era el mundo de la alta burguesía con sus tradiciones, sus virtudes y sus vicios, un mundo poblado especialmente de mujeres fuertes y hombres débiles, seguros y orgullosos de su clase y sus ancestros, que ocultaban sus miserias y ostentaban sus grandezas. Y, al lado de ellos, el mundo de los pobres, de los que vivían en torno a las grandes mansiones, que se identificaban con sus patrones con humilde sumisión. Un mundo que creaba esperpéntos como

¿Cómo se podrá medir la catástrofe que significa para Chile la pérdida de un escritor de la talla de Donoso, del que podían esperarse nuevas obras que nos ayudaran a comprender quiénes somos y quiénes fuimos?

los personajes de "El obscuro pájaro de la noche", que retrataba una realidad sórdida como la de "El lugar sin límites" y que mostraba

la sutil relación que se formaba entre los dominadores y los dominados, los señores y sus servidores.

En su primer libro, "Veraneo y otros cuentos", Donoso recrea en "El hombrecito" un personaje que era infaltable en toda casa de bien, el pobre diablo que llegaba a ella a cumplir los más variados y disímiles oficios. Podía ser jardinero o encerador o mensajero, o lo que a la dueña de casa se le ocurriera. Recuerdo que cuando leí ese cuento, admiré la capacidad de ese joven autor, apenas un par de años mayor que yo, para describir un personaje que había sido tan familiar para mí en la niñez, para sacarlo de su

existencia anónima y convertirlo en un ser significativo, trascendente, querible.

Hoy en las casas del barrio alto ya no hay "hombrecitos" que ayuden en las tareas domésticas; la alta burguesía se ha renovado y carece de ese señorío que le era tan caro a Donoso. Los fundos se han llenado de tecnología, y han dejado de ser el lugar bucólico donde se desataban grandes pasiones y se ocultaban vicios vergonzantes. El "mundo donosiano" murió antes que Donoso, y ya no habrá nadie que sea capaz de recrear esos personajes que constituían nuestra historia y nuestras tradiciones.

Cuando el país sufre una catástrofe, llámese ésta terremoto, sequía o inundaciones, ingenieros, estadísticos y científicos se apresuran a medir lo que ha significado el desastre para calcular su cuantía.

¿Cómo se podrá medir la catástrofe que significa para Chile la pérdida de un escritor de la talla de Donoso, que se mantenía en plena actividad, del que podían esperarse nuevas obras que nos ayudaran a comprender quiénes somos y quiénes fuimos?

Pasarán los años y vendrán nuevas generaciones que no habrán conocido el rostro de José Donoso, ni su a veces precipitado y otras veces tartamudeante hablar, pero sí conocerán, amarán y se deleitarán con sus personajes, que lo sobrevivirán. Ese es el privilegio de los escritores de talento.